

tralmente opuestos a nuestra vida y libertad; engendro de ese monstruo de bárbara inhumanidad que aniquila y destruye a los pueblos: tal es la fatal trilogía en el orden cronológico.

Sí, imitemos al maestro Anselmo Lorenzo, el hombre probo, humano, activo y consciente fundador de *La Internacional*, que arrojando todos los peligros consagró su vida para la redención de la humanidad.

Todos los que sufrimos las injusticias de esta inhumana sociedad: todos los que sentimos vibrar en nuestro ser ansias de lucha y dignificación humana, no hemos de cejar en el diario batallar para que desaparezca el dualismo antihumano, el derecho de acesión, las artificiales fronteras y esa antinomia de leyes que nos esclavizan y oprimen, hasta llegar al triunfo de lo que tanto amó Lorenzo: a la implantación de la nueva sociedad comunista anarquista.

José Beya

Palafrugell.



Anselmo Lorenzo

Una apreciación inglesa

No tuve el honor de conocer a Lorenzo personalmente, pero habiendo recibido el encargo de Bowman y de Tarrida el año pasado de traducir al inglés la obra de Lorenzo «Hacia la emancipación», cuyo libro se hubiera publicado ya a no ser, primero, por una enfermedad y dos operaciones quirúrgicas que me tuvieron incapacitado durante muchos meses, y segundo, la guerra europea, quiero expresar mi apreciación del gran luchador español juntamente con la de todos los obreros conscientes de aquí.

En estos tiempos de *arrivisme*, es una cosa que infunde respeto y cariño el ver a un hombre que, durante medio siglo, ha sido fiel a las doctrinas de *La Internacional*. La muerte de este patriarca revolucionario constituye una pérdida inmensa para todo el proletariado mundial.

Percy Friedberg

Londres.



La alborada

Bajo el yugo opresor yacía el paria maldiciendo su misera existencia; poder que explota la energía humana; lamento que no rompe las cadenas.

Los pretéritos siglos de ignorancia destruían su espíritu rebelde, matando en ellos el noble entusiasmo que es atributo de voluntad férrea.

Y hundido totalmente su cerebro en las tinieblas de una noche eterna, sufrió la usurpación vil e implacable que entraña la injusticia más suprema...

Hombres como él, acaso sus hermanos, guiados por una ambición perversa, arrebatáronle todos los frutos que él extraía de la madre tierra.

Mercadearon con sus energías hasta inculcar en su débil conciencia que debía al señor su propia vida para acallar la voz de su protesta.

Despojáronle de hermosos derechos que a todos diera la Naturaleza, el derecho a vivir la vida libre que el amor rige tornándola bella.

Esclavo ya, humillado y vencido, nadie intentó salir en su defensa, y cayó el paria, cual despojo humano, en la más baja y abyecta tutela.

¿Acaso algún superior derecho que distinguida cualidad encierra, dió facultad al rico potentado para que tales actos cometiera?

No, fué tan sólo la ambición malvada la que movió a una minoría necia a convertir la humanidad naciente en antros de dolor y de miseria.

Han transcurrido siglos incontables desde que el mal en este mundo impera, mas no cesó un momento la injusticia, ni el privilegio dió a los hombres tregua.

A cada rebeldía del esclavo el señor reforzaba sus cadenas, y apelando a continuas restricciones predominaba la ley que da la fuerza.

Religiones, Ejércitos, Estados, todo tiende a imponer la obediencia que afirma en su sitial al poderoso lucrándose en la labor ajena.

Mas llega ya el momento en que el esclavo adivina la causa de sus penas, y arrinconando viejos prejuicios quiere vivir una existencia nueva.

Unido a sus hermanos de infortunio adquieren presto el valor de una idea, y cual bella y espléndida alborada se lanzan a la lucha intensa, recia.

«¡Queremos libertad! — todos exclaman; queremos destruir tanta vileza que humilla nuestra condición de humanos y el brazo y el cerebro nos enervan.

Los que todos los frutos producimos, los que creamos todas las riquezas, vivimos en perpetuas mezquindades en tanto que el señor se regodea.

Venimos a exigir nuestro derecho al disfrute de todo cuanto el hombre crea; no queremos ser siervos del salario; sólo anhelamos nuestra independencia.

En vano buscarán los inconscientes un paliativo a tan hondas crudezas, esperarán en vano los ilusos la fusión de las dos opuestas fuerzas.

Mientras un hombre explote a otro hombre jamás habrá justicia verdadera; mientras rija la propiedad privada no reinará la equidad en la tierra.

Marchamos hacia nuevos horizontes, vamos a redimir la humana especie y a unir los seres en estrecho lazo de amor inmenso y de igualdad eterna.»

¡Utopía! — gritan los poderosos—. ¡Ofuscados! — los débiles agregan—; mas el paria, resuelto y convencido, va realizando la magna empresa.

Poder que arrolla lo falso y lo caduco, rayo de luz que invade las tinieblas, a su impulso caerá lo carcomido venciendo al potentado en la pelea.

Es tan firme el valor de sus principios, es tan bella y sublime su tendencia, que a detener su avance no bastarán todos los privilegios de la tierra.

Federico Fructidor

A uno que fué

Ya sé que no me oyes, compañero; ya sé que mi voz no será jamás oída por ti; ya sé que tu cuerpo está disgregándose en el seno de nuestra madre común, de la santa tierra. Mas, a pesar de esta dolorosa convicción que tengo, te hablaré como si me oyases, es más, como si me escuchases. Te ofrendo esta corona de sentidos pensamientos, no por lo que tu talento haya valido, sino por haber tenido las dos cualidades que, para mí, más avaloran la existencia de un hombre: ser bueno y ser consecuente.

Un día me decías, en cariñosa y fraternal carta, *que tendrías gran gusto en abrazarme*; yo también hubiera querido gozar esta dulce sensación; yo también anhelé aproximar mi pecho al tuyo para, con los ojos cerrados y el pensamiento en el porvenir de la Humanidad, sentir el latir unísono de nuestros corazones... creo que a un mismo tiempo se hubieran dicho, deslumbrados por la visión del mañana: ¡Compañero! ¡Compañero! ¡No pudo ser! ¿Qué importa?

Muchos leerán tus libros, tus folletos, tus artículos periodísticos para ilustrarse; hacen bien. Yo veré si consigo parecerme a ti en aquello que a mis ojos te hizo grande: en ser bueno y consecuente. Si te imito en lo primero habré logrado vivir tranquilo; si en lo consecuente te igualo, podré caminar con la frente levantada, en esa actitud que muchos ¡¡¡cuántos!!! no pueden hacerlo.

¡Hasta luego, compañero!

Emilio Carral

Santander.



El entierro de Lorenzo

Había recogido en su alma, Anselmo Lorenzo, el alma de los caballeros del Greco. Como ellos era toledano, místico y fuerte. Nada más que en él, la pasión católica se había convertido en la pasión anarquista, pero Anselmo Lorenzo con su mirada de voluntad, con su mandíbula saliente, con sus gafas ¿no habría podido ser aquel cardenal Don Fernando Niño de Guevara, retratado por Theotocópoli? Muerto Salvochea, era Lorenzo —no olvidemos, no obstante, a Ricardo Mella—, el más puro y férvido guardador de la fe anarquista. ¿Y no es original que este hombre fuera nacido en la ciudad de los hidalgos espirituales, de los pintores locos y de los capitanes que llevaban en el corazón el temple de sus espadas también toledanas?

Ya no hay místicos en España —se dice—. Tal vez sea verdad y mejor que lo fuese, pero ¿no habrá tomado el misticismo otros derroteros y las viejas ciudades como Toledo, no producirán en vez de cardenales, estos hombres que, como Lorenzo, arden en fe, poniéndola en la tierra y no en el cielo y creyendo en vez de en la bondad de Dios en la del Hombre? Como místico vivió y ha muerto Anselmo Lorenzo. Para él no existió ni lo real ni lo inmediato. La Anarquía estaba lejanísima, el camino era largo, el dolor para llegar siempre presente y él marchaba como un poseo, dándole todo al ideal. No murió por él porque no quisieron matarlo, pero si en uno de aquellos días en que los escribas y fariseos sienten el ansia de alzar un calvario, Anselmo Lorenzo hubiera sido llevado a la crucifixión, muriera serenamente, como han

muerto siempre los anarquistas, como murieron los de Chicago, como Henry puso el cuello a la guillotina, como ofreció Angiolillo la garganta al garrote, como cayó Ferrer.

Le dió el Destino una muerte patriarcal y así fué su entierro. Lleno de flores el ataúd, llevado a hombros por sus fieles, y detrás, por el medio de la ciudad un poco asombrada, todos nosotros, los que tenemos a orgullo haber sido anarquistas, dejando de serlo después de febriles angustias espirituales, y los que aun lo son. Eramos dos mil, pero éramos pocos. Porque en Barcelona, todos los que en 1890 y en 1900 tenían veinte años, aprendieron en Anselmo Lorenzo, o al menos en él se apoyaron más de una vez, a querer y a luchar por las liberaciones sociales. Y esos no estaban en su entierro. El más significado de ellos, ese hombre que ha hecho de la austeridad la filosofía de la «tranquilidad y buenos alimentos» y que se llama Pedro Corominas, tal vez creyó que su presencia entre sus antiguos compañeros hiciese memoria en los burgueses de despacho y mostrador que le dan los votos, de lo que fué.

Debimos ir todos y no fuimos. Yo busqué entre el gentío las caras de aquellos que habían tenido hermandad espiritual con Anselmo Lorenzo y no las hallé. Ahora tal abogado distribuye prebendas y óbolos en lugar de palabras exaltadoras; tal dramaturgo dormita sobre sus laureles que ya no se renuevan; tal escritor fabrica humorismo; tal estudiante hojea, ya jurisconsulto, el código, confiando extraer de entre sus hojas aquellas otras que dan el bienestar. Todos dejaron que el cuerpo de Anselmo no llevara tras sí el amor y el recuerdo de unas generaciones que únicamente tuvieron honrada y fresca el alma cuando sentían en ella las efervecencias anarquistas.

Yo sabía que con el cadáver de Lorenzo enterraba un trozo de mi vida, pero aun veía que eran anchas las alas de mi chambergo, aun mis amigos eran los combatientes y los perseguidos, aun el viejo himno puritano cantaba dentro de mí y me sentí libre y bueno, no tanto como el que enterrábamos, pero más que el abogado, que el dramaturgo, que el escritor, que el estudiante que no se habían enterado que dentro del ataúd iba también a recibir tierra algo suyo.

Mario Aguilar (Helenio)



Anselmo Lorenzo

Una sola vez vi al gran Anselmo. Fué en Barcelona, cuando en 1911 se celebró en Bellas Artes el primer Congreso Sindicalista Nacional. Serían las dos y media de la tarde. Poco antes de dar comienzo a la tercera sesión del citado Congreso. Lorenzo amaba y quería a Zaragoza. La amaba, porque en ella contaba con amigos de su juventud. La quería, porque en ella propagó sus humanitarios ideales en tiempos difíciles para la propaganda anarquista.

Curioso Anselmo Lorenzo por conocer noticias de aquellos a quien amaba, preguntó por los delegados de la Federación Aragonesa.

Alguien vino a buscarnos. Lacort y yo corrimos a saludar al venerable anciano. Su fisonomía simpática nos pareció la fisonomía de un apóstol. ¡Había tanta dulzura en sus palabras y tan ardiente fe a pesar de los años...!

Le saludamos. Habló de Zaragoza, de los amigos, de las luchas obreras. Nos preguntó también por Aguado, su íntimo amigo. —¡Es un buen anarquista!— nos dijo.

Sonó una campanilla. Era el presidente que nos llamaba